El mito del patriotismo cívico

Ramón Máiz*

Resumo

Neste artigo o autor, partindo da análise de dois textos precursores do conceito de nação – um de Ernest Renan e outro de Friedrich Meinecke –, constata como foi elaborada nomeadamente por Hans Kohn uma dicotomia entre o nacionalismo étnico *versus* nacionalismo cívico. Enquanto o primeiro seria cultural, de raiz oriental, natural ou próximo da natureza, comunitário, romântico, assente no *jus sanguinis* na raça e na religião, particularista, tradicional, o segundo seria civilizacional, ocidental, contratual, societal, iluminista, baseado no *jus solis* e secular, firmado na vontade dos cidadãos, universal, moderno. Estes dualismos, entre outras séries bipolares, são desconstruídos pelo autor do ponto de vista não só empírico como teórico, mostrando a sobreposição/miscelânea destas características ao caracterizar as nações orientais *versus* as nações ocidentais, assim como o alegado nacionalismo étnico-cultural alemão *versus* o nacionalismo político francês ou inglês. Em vez da dicotomia, o autor desenha um *continuum* étnico-cívico dos nacionalismos e propõe o desbloqueamento e a superação do obstáculo epistemológico expresso na dicotomia nacionalismo étnico-nacionalismo cívico em direcção a um nacionalismo democrático: a nação não é uma comunidade fixa e imutável, o território não é, em regra, monocultural, o nacionalismo cívico pressupõe elementos étnicos e o nacionalismo étnico deve implicar cidadania e participação democrática, bem como respeito pelas outras etnias, culturas e nações.

Para el maestro Anthony D. Smith,
con motivo de su jubilación en la London School of Economics

1. Introdução

"Je me propose d'analyser avec vous une idée, claire en apparence, mais qui prête aux plus dangereux malentendus" *(Renan, 1947: 887)*. Así comenzaba Ernest Renan su célebre conferencia en la Sorbona el 11 de marzo de 1882, "Qu'est-ce qu'une nation?". En este breve capítulo quisiera por mi parte someter a escrutinio una dis-

* Faculdade de Ciências Políticas e Sociais, Universidade de Santiago de Compostela, Espanha.

tinción de uso frecuente, tan clara en apariencia como propiciadora de lamentables malentendidos y de la que el célebre intelectual bretón devendría, hasta cierto punto *malgré lui*, como veremos, uno de sus precursores: la dicotomía nacionalismo étnico-nacionalismo cívico. Esta antítesis, cargada de contenido normativo, entre una nacionalismo positivo, el de occidente, cívico, inclusivo y político; y otro negativo, el de oriente, étnico, reaccionario y excluyente, sería supuestamente confirmada en la realidad empírica de las dos guerras mundiales y se vería corroborada en sus predicciones, de forma fatal, en las crisis Yugoslava y de algunos Estados etnocráticos procedentes de la ex Unión Soviética.

Frente a tal autoevidencia, argumentaremos en lo que sigue que tan reiterada clasificación de los nacionalismos en étnicos y cívicos genera, mediante la claridad feliz de su código binario – que la haría tan popular durante todo el siglo XX entre los estudiosos del nacionalismo – muchos más problemas de los que ayuda resolver. Y ello en los dos ámbitos de análisis en los que se ha venido utilizando; a saber: 1) en la dimensión *empírica* de construcción de una taxonomía de los elementos diacríticos configuradores de la nación y en consecuencia de la tipología de los movimientos nacionalistas; y 2) en la dimensión *normativa* que permita enjuiciar qué nacionalismos resultan compatibles con las exigencias democráticas y cuales no.

Con precedentes como ya se dijo en la obra de Renan, pero también de Meinecke (1969), la dicotomía nacionalismo étnico – nacionalismo cívico sería reintroducida en su formulación contemporánea por el padre de los modernos estudios sobre el nacionalismo, el emigrado checo Hans Kohn en su obra *The idea of nationalism* (Kohn, 1944). Para este autor, en efecto, el nacionalismo occidental es fundamentalmente político, en razón de su base institucional cívica y de clase (hegemonía burguesa); mientras que en el nacionalismo oriental, debido a la ausencia de ambos fundamentos tanto institucional (autocracia absolutista), como clasista (hegemonía de nobleza terrateniente), resulta esencialmente étnico, orgánico, fundamentado en la diferencia cultural elaborada por los intelectuales nacionalistas. Este dualismo de política y cultura, de nacionalismo desde arriba (el Estado) y desde abajo (el común origen), que se prolonga en la escisión geopolítica entre oriente y occidente, y que genera una compleja cadena de equivalencias (sociedad/ comunidad, liberalismo/ autoritarismo, logos/ mito etc.) que luego examinaremos, se mantendrá con éxito que perdura, pese a algunas críticas recientes de relieve (Schnapper 1996, Yack 1999, Brown 1999, Nieguth 1999), hasta los comienzos de este siglo. La obras de Plamenatz (1973), Finkielkraut (1987), Todorov (1989), Ignatieff (1993), Greenfeld (1994), Alter (1991), Sugar (1994) y muchos otros constituyen buen prueba de ello.

La diferencia así establecida inicialmente entre al nacionalismo francés o inglés y el alemán, permitía en principio lograr un doble objetivo: (*i*) diferenciar *empíricamente*, de modo nítido y sustantivo, dos concepciones históricas de la nación; y, a la vez, (*ii*) distinguir normativamente, desde el punto de vista de los principios liberales, entre nacionalismos defendibles e indefendibles. En las líneas que siguen señalaremos, sin embargo, algunos de los muy serios problemas que en ambos sentidos plantea la dicotomía, más allá de su aparente eficacia taxonómica en el abigarrado

mundo de los nacionalismos. En síntesis: 1) inadecuación empírica: las naciones occidentales poseen mas componentes étnicos y culturales de los que se le suponen y muchos nacionalismos orientales tiene un carácter mas cívico y político del pretendido por el estereotipo; 2) insostenible continuidad histórica dentro de cada una de las tradiciones, pues el nacionalismo francés o alemán lejos de permanecer fieles a una supuesta esencia originaria, política o cultural, evolucionan de modo cambiante en diferentes contextos sociales e intelectuales; 3) la dicotomía traslada a un ámbito de conflicto exterior, internacional, lo que no es sino conflicto interno y constitutivo entre varias interpretaciones de cada nación, en lucha por imponer su lectura particular de la tradición, su proyecto de dirección intelectual y moral de un país, su hegemonía política específica. La bipolaridad étnico/cívica obvia la consideración dinámica e indeterminada de la nación, esto es, su interpretación no como un dato objetivo, manifestación de una esencia o tradición prístina inmutable, sino como el resultado contingente y siempre contestado de un proceso político de construcción.

2. Un poco de historia del pensamiento

Suele reputarse como padres fundadores de la dicotomía nacionalismo étnico/nacionalismo cívico a Ernest Renan (1947) y a Friedrich Meinecke (1969). La atención directa a los textos de ambos autores muestra, sin embargo, un panorama bien diferente de la sólita simplificación de algunas citas aisladas y fuera de contexto, al tiempo que la rigurosa contemporaneidad del estereotipo dicotómico, mutuamente exclusivo entre sus polos étnico y cívico, en los términos que hoy conocemos.

Comencemos por Renan. A partir de la frase célebre de su conferencia de la Sorbona de 1882: "La existencia de una nación es (si me perdonan la metáfora) un plebiscito cotidiano" (Renan 1947 I: 904), de la que suele expurgarse, por cierto, el significativo paréntesis, se deduce toda una concepción voluntarista de la nación. Así, sería el consentimiento de los ciudadanos el elemento conformador, por excelencia, de la nación. Sin embargo, considerada con cierto detalle, la posición del singular polígrafo francés dista de ser tan unívoca y política como se ha pretendido (Finkielkraut, 1987). En primer lugar, en el conjunto de su obra menudean usos del concepto de nación bien alejados del voluntarismo democrático y plebiscitario que se le atribuye. Así, por ejemplo, en un texto de 1871, La Réforme intellectuelle et morale de la France, podemos leer "Una nación no es la simple adición de individuos que la componen; es un alma, una conciencia, una persona, un resultado vivo" (Renan 1947:361). Esta "alma de la nación" empero no se conserva por si sola, sino mediante el concurso de un colegio oficialmente encargado de guardarla. Sin ese soporte institucional, cimentada en la sola voluntad, "como en el sueño de nuestros demócratas", esto es, como mera "razón nacional de un pueblo" deviene, en expresión luminosa, un perecedero edificio de arena (literalmente: *une maison de sable*). Para mantener la cadena que une a vivos y muertos es preciso la institucionalización de la nación, habida cuenta de que, a diferencia de lo sostenido en La Sorbonne años más tarde, "la voluntad actual de la nación, el plebiscito, incluso seriamente puesto en práctica, no resulta suficiente". La alternativa no deja lugar a dudas respecto al liberalismo conservador de nuestro autor:

"Una dinastía es la mejor institución a tal efecto" (Renan 1947: 375). La relación entre las instituciones tradicionales dinásticas y la nación deviene tan medular a la existencia nacional porque la dinastía es, en cierto sentido, anterior y superior a la nación, es más, ella ha hecho a la nación: *le roi a fait la nation* (Renan 1947: 380). Este y otros textos, como las célebres cartas a Strauss, muestran que para Renan resulta bien ambigua la defensa de esa voluntad que se ha querido ver como único criterio de la realidad nacional (De Blas 1987: 31).

En segundo lugar, en *Qu'est-ce qu'une nation?*, la concepción voluntarista se encuentra muy matizada y resulta tributaria, ante todo, de la coyuntura de la anexión de Alsacia y Lorena por Alemania y los argumentos "objetivos" (lingüísticos, étnicos) empleados en aras de su justificación; y además, por la sorprendente presencia de elementos provenientes precisamente de esa tradición enemiga, étnica, germánica, que en principio se habría desechado mediante el concepto voluntarista, cívico. Así: "Una nación es un alma, un principio espiritual" (Renan, 1947: 903). De hecho los elementos conferidores del carisma nacionalitario son, para Renan, y ello en pleno conflicto franco alemán, no uno, sino dos; a saber: 1) el pasado, la historia "la posesión en comun *d'un riche legs en souvenirs*"; esto es: "un pasado heroico, grandes hombres, la gloria... ahí reside el capital social sobre el que se asienta una idea nacional" (Renan, 1947: 904).; y 2) el consentimiento, el deseo explícito de los connacionales de vivir juntos.

La política no es pues, a todas luces, suficiente, los intereses comunes no bastan – "un *Zollverein* no es una patria" (Renan, 1947: 902) –; se requieren además "las complicaciones de la historia", historia como narrativa, historia de las glorias pasadas elaborada explícitamente como relato mítico frente a la historia como ciencia: "El olvido, incluso diría que el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación. De ahí que el progreso de los estudios históricos sea a menudo un peligro para la nacionalidad" (Renan 1947: 891). La crítica de la raza como factor nacionalitario, y su nefasto resultado, las "guerras zoológicas" (Renan, 1947: 456), no debe ocultar el esencialismo culturalista que reside tras el argumento de Renan. ¿Cómo si no podrá darse cuenta cabal de la omnipresencia en su argumentación de la historia, la tradición, la común ascendencia, en fin, la herencia indivisa sobre la que yergue la nación: "l'heritage qu'on a reçu indivis" (Renan, 1947: 904)? La tensión e imbricación entre política y cultura se configura, así, frente a cualquier unilateral monismo voluntarista y cívico, como el eje del concepto de nación de este autor. De hecho Renan puede pasar a la historia por ser el primero en apuntar a la tensión articuladora entre política y cultura, entre particularismo y universalismo, entre lo propio y lo ajeno, entre comunitarismo y liberalismo, entre la voluntad de convivencia y una comunidad orgánica transhistórica dotada de alma, entre la inclusión y la exclusión por razones culturales (de aquéllos que poseen otra historia, otra lengua otros recuerdos diferentes a los nuestros etc.). Es por eso que, frente a la radical diferencia entre Renan y Barres como habitantes de dos mundos ideológicos sin punto de contacto alguno, se llame la atención, por parte de algunos autores, sobre las importantes ambigüedades que permiten una posterior rearticulación, ya sin componente liberal alguno, del nacionalismo reaccionario francés (Sternhell, 1972; Silverman, 1992).

Vayamos a hora a Meinecke. De creer a autores tan diversos como Kohn (1944) o Alter (1985), la distinción canónica entre nacionalismo etnico y cívico, aparecería en *Welbürgertum und Nationalstaat* (Meinecke, 1969) de la mano de la diferencia entre naciones políticas y naciones culturales (*Staatsnation* y *Kulturnation*). Sin embargo también aquí, al prestar atención de cerca al texto del historiador alemán las cosas se muestran menos rotundas. En efecto, "a pesar de todas las obvias reservas que se pueden hacer, podemos sin embargo dividir a las naciones en naciones culturales y naciones políticas, esto es, naciones basadas principalmente en un legado cultural (*Kulturbesitz*) compartido conjuntamente, y naciones principalmente basadas en la fuerza unificadora de una historia política y una constitución común (*«gemeinsamen politische geschichte und Verfassung*)" (Meinecke 1969: 10).

Ahora bien, en lugar de encontrarnos con dos mundos del nacionalismo mutuamente excluyentes, en Meinecke (1969) se subraya precisamente la conexión entre ambos. Así, por ejemplo, se postula que la posesión de un lenguaje estándar, una literatura común y una religión compartida son los mas importantes factores en la creación una nación cultural. Ahora bien, lo que el autor pone de relieve es precisamente la producción política de la cultura y el papel político de la religión: "Los casos mas frecuentes sin embargo son aquellos en los que las comunidades estatales y las influencias políticas (*staatsliche Gemeinschaften und politische Einflüsse*) han impulsado, sino causado el desarrollo de una lengua estándar y una literatura común. Existe, a menudo, asimismo una estrecha relación (*Zusammenhang*) entre religión, Estado y nacionalidad. Estos casos sugieren que una nación cultural puede ser asimismo una nación política (*die Kulturnation zugleich Staatsnation sein kann*)" (Meinecke, 1969: 11).

El propio Meinecke, refiriéndose a la concepción de Renan del plebiscito cotidiano, la critica por entender que la sola voluntad no basta para abolir el pasado, si bien la admite en el contexto político-intelectual de la revolución francesa de 1789. Esto es, como deudora del espíritu del la autodeterminacion y de la soberanía de la nación: "la nación política que desea poseer su propia constitución y dirigir su propio destino político" (Meinecke, 1969: 12).

En lo que atañe a las naciones políticas, Meinecke (1969) precisa que éstas surgen no solo mediante las demandas (voluntaristas) de autodeterminación, sino de la vida política compartida en el seno del mismo sistema político y "el silencioso trabajo del Estado" (*die stillwirkende Arbeit des Staates*), "en el decurso de un lento y secular desarrollo histórico (*Wachstum*)" (Meinecke, 1969: 13). Como ejemplifican, a su entender, los casos de Inglaterra y Francia el Estado puede estar basado en una nación cultural y simultáneamente circunscribir aquella nación dentro de su cuerpo principal (*in ihre Hauptmasse umfassen*) (Meinecke, 1969: 14).

La diferencia entre naciones políticas y culturales radica en que las naciones políticas presuponen diversos tipos de estados y uno de ellos es el Estado nacional, mientras que las naciones culturales engendran varios productos y ente ellos los Estados nacionales. En el primer caso se comienza por el Estado, en el segundo por la nación cultural. Meinecke (1969) tiene especial cuidado, empero, en desconectar el

principio de la naciones culturales de cualquier perspectiva de desarrollo inmanente y teleológico, en ajenidad al Estado y a las relaciones con otros pueblos: "El carácter singular de la nación no significa aquí que toda particularidad nacional se derive exclusivamente de su espíritu nacional inmanente (*aus ihrem eigenen immanenten Volksgeiste*), como ha sostenido una filosofía dela historian influenciada por el Romanticismo" (Meinecke, 1969: 21).

Ello abre espacio para la tensión entre el nacionalismo particularista alemán y el cosmopolitismo, entre *Nationalismus* y *Weltburgertum* que da título a la obra, la idea de la humanidad mas allá de la nacionalidad, expresada en el postulado de que "es poco alemán ser sólo alemán", (*undeutsch sei, bloss deutsch zu sein*) que constituye el eje del entero libro de Meinecke. Así, aun cuando el peso central de *Weltbürgertum und Nationalstaat* se centra en el nacionalismo romántico conservador, desde Stein a Bismarck pasando por Hegel y Ranke, Meinecke subraya en todo momento la lucha por la hegemonía entre diversas perspectivas de la nación, el conflicto entre los dispares nacionalismos alemanes en presencia: la liberal democrática, la socialdemocrática y la del *Zentrum*.

Frente a este uso complejo y matizado de la distinción nacionalismo cultural y político en los clásicos, el introductor moderno del dualismo, Kohn, imprimirá un giro dicotómico mucho más radical a la distinción. En efecto, en *The Idea of Nationalism* (Kohn, 1944) y obras posteriores como *Nationalism: its meaning and History* (Kohn, 1982) o *Western and eastern Nationalism* (Kohn, 1994), el profesor de origen checo superpondrá nítidamente el eje política/ etnia al eje occidente/oriente. Así, en Francia, Inglaterra, Holanda y Estados Unidos el nacionalismo sería fundamentalmente político, construido a partir de estructuras preexistentes de gobierno sobre poblaciones con alto grado de homogeneidad y con hegemonía burguesa. De la mano de los principios ilustrados el nacionalismo occidental opondría los valores de la razón, la libertad y la igualad a las formas tardofeudales y absolutistas del poder, situando la ciudadanía, la igualdad ante la ley y la libre voluntad de convivencia como criterios de pertenencia a la nación; y el liberalismo, el parlamentarismo, el constitucionalismo y la tolerancia como rasgos esénciales del *civic West*.

De modo muy diferente, para Kohn (1994), en oriente (Europa central y del este, Rusia imperio austrohúngaro y Otomano etc.) la nación no coincide con el Estado lo que conlleva la aparición de un nacionalismo étnico, liderado por intelectuales de origen no urbano, centrado en la tradición espiritualista del *Volksgeist*, que reclama el rediseño de fronteras (*divisive nationalism*) a partir de demandas étnicas. La nación, así, se formula en el *ethnic east* mediante elementos irracionales, míticos, historicistas y una importante componente de xenofobia. De aquí la superposición a los códigos binarios ya mencionados: este/ oeste, político/ étnico, el de razón/ sentimiento que en al apartado siguiente procederemos a desglosar.

Otros autores inspirados en Kohn, como Plamentaz (1973), Sugar (1969), Gellner (1983), Ignatieff (1993), Greenfeld (1992), entre otros, desarrollarían la dicotomía añadiendo o eliminando nuevos pares de oposición en el estereotipo, configurando un mapa muy complejo y heterogéneo que requiere un análisis más detenido.

3. Las dimensiones del dualismo "naciones étnicas y naciones cívicas"

La tarea de imponer un orden, de dotar de sentido a la esquiva multiplicidad de los nacionalismos, y al tiempo, de postular una jerarquía normativa que permita discernir entre el nacionalismo bueno (el "nuestro", occidental, liberal, tolerante) y el peligroso (el de los "otros", oriental, autoritario, irracional), a partir de su clasificación empírica, se llevó a cabo relacionalmente mediante el juego de diferencias entre significantes. El análisis semiótico muestra que los códigos consisten en relaciones convencionales y arbitrarias (en sentido de Saussure, esto es, no naturales sino artificiales) entre significante y referente, así como que detrás de toda narrativa existe una estructura más profunda que organiza el mundo discursivo en estructuras simbólicas. Los símbolos, a su vez, se insertan en conjuntos de códigos binarios (sagrado/profano, crudo/cocido, bien/mal) y son esos conjuntos de oposiciones los que en buena medida organizan los discursos (Máiz, 2003b).

La dicotomía de nacionalismo cívico/nacionalismo étnico se formula desde un lugar muy preciso, desde una posición en absoluto neutra ni equidistante entre sus polos; a saber: desde el nacionalismo del Estado nación. Desde un nacionalismo implícito que da por supuesta la coincidencia entre fronteras políticas y culturales, entre estado y nación, y considera aproblemática la cuestion del demos, de quién conforma el pueblo sobre el que se alza la legitimidad del Estado. El expediente no es sencillo, pues tras la, eficacísima políticamente, autoevidencia de tal clasificación reside toda una compleja operación discursiva de articulación de varios campos semántico-conceptuales. Esta escisión dualista entre naciones étnicas y naciones cívicas toma como base las sustantivas diferencias entre las tradiciones dominantes "Francesa" y "Alemana" de la nación, pero se prolonga empero, y esto es lo decisivo, en una mas detallada dicotomía que transforma las diferencias de grado en insalvables diferencias de modelo, diferencias de contexto en discrepancias sobre principios esenciales, alumbrando un bipolar y escindido mundo de naciones y nacionalismos.

Y esto se realiza mediante la superposición y cohonestación de dos códigos binarios complementarios. En primer lugar, a través de la incorporación y el refuerzo de una antítesis tan reductiva y falaz, como consolidada hasta hace bien poco en la historia del pensamiento político, filosófico y estético; a saber: una contraposición elemental y sin matices entre romanticismo e ilustración. En segundo lugar, mediante el contraste bipolar liberalismo/ autoritarismo, calcado sobre el dualismo histórico-político Francia/Alemania, de tal suerte que a una idealización liberal de occidente, se contrapone un arquetipo autoritario de raigambre "orientalista" en el sentido de Edward Said: nosotros/ ellos, civilizados/ bárbaros, tolerantes/ intolerantes etc. (Said, 1978).

La reformulación de consuno de estos tres ejes bipolares: Francia/Alemania, Romanticismo/ Ilustración y liberalismo/ autoritarismo), permite la imbricación y superposición de series binarias que arrastran cada una de ellas conjuntos de nuevos pares semántico-conceptuales. Así, en primer lugar, el eje Francia/Alemania se prolonga en la contraposición entre las nociones de libertad, ciudadanía, Estado y nación entre Oriente/Occidente; el *Ius solis*, esto es, la ciudadanía en virtud de la sola

residencia en un territorio, frente al *Ius sanguinis*, la ciudadanía derivada de la común ascendencia étnica, ora "racial", ora cultural y lingüística; al Estado nación, que construye desde arriba la nacionalidad con criterios cívicos e inclusivos, se oponen las naciones sin Estado en demanda de su autodeterminación a partir de determinaciones étnicas excluyentes; al progreso como horizonte de convergencia última civilizatoria la decadencia oriental o su reflejo en la "decadencia de Occidente"; a la civilización universal y cosmopolita la cultura como *Kultur*, esto es, étnicamente delimitada, historicista y particularista .

A ello se superpone, en segundo lugar, como eje adicional, una formulación dicotómica y caricaturesca de la oposición Romanticismo/lustración, que se articula sobre el dualismo emoción y razón, religión y reencantamiento del mundo, frente a secularización y desencantamiento (*entzauberung der Welt*) propios de la modernidad ilustrada; los conceptos de "Vida" y "Organismo" frente al de mecanismo, máquina y técnica; el retorno a la naturaleza, formulada como naturaleza comunitaria, esto es, como contexto étnico-cultural de la identidad, representado en las tradiciones populares, frente a la artificialidad del contrato y el derecho positivo; la cultura enraizada en la comunidad portadora de valores propios contra la política desasida de la moral; la tradición frente a la modernidad; el destino de los pueblos, el *Volksgeist*, el espíritu único e irrepetible de cada nación, frente a la libertad de elección, la contingencia indeterminada producto de la voluntad irrestricta; la comunidad que dota de sentido compartido, solidaridad y altruismo patriótico, de valores y una idea holista de bien colectivo de los ciudadanos, frente la sociedad integrada por individuos aislados, descontextualizados, competitivos, únicos jueces de sus propios intereses egoístas; la fidelidad a la propia tradición comunitaria frente a la libertad ("de los modernos"), la libertad negativa frente al Estado neutral; la *autenticidad* y respeto pasivo a la propia cultura y raíces, frente a la *autonomía*, la capacidad individual de fijar los fine, de revisar los valores heredados, la disposición a la crítica, la capacidad de "juicio".

Finalmente, en tercer lugar, el par liberalismo/autoritarismo cierra la cadena binaria de equivalentes, de tal suerte que a la raza o incluso a la cultura concebida de forma esencialista y determinista como exclusión del "otro" se contrapone la libre voluntad de la ciudadanía; a la reacción, al rechazo global de la modernidad, se contrapone la revolución, como síntesis suprema de voluntad y razón; a la nación como unánime totalidad orgánica (*das Volk*), el pueblo (*We the people...*) como conjunto de ciudadanos singulares, dotados de derechos e intereses; frente al chauvinismo patriotero el patriotismo cívico o constitucional, como adhesión a los principios políticos y jurídicos del Estado liberal; a la ciega adhesión al "Destino" o la "Misión" de la nación, la deliberación y discusión en la esfera pública, la prensa o el Parlamento; al populismo se opondrá el civismo, un concepto de ciudadanía fuerte; en fin, al liderazgo carismático, a la adhesión al líder mediante aclamación, el liderazgo legal racional.

La articulación de estos tres campos configura un en extremo complejo panorama dicotómico, que hemos tratado de sintetizar en el Cuadro 1, elaborado a

Cuadro 1. Dimensiones de la dicotomía Nacionalismo Étnico y Cívico

Nacionalismo Étnico	Nacionalismo Cívico
–	+
Romanticismo	Ilustración
Emoción	Razón
Religión	Secularización
Kultur	*Zivilisation*
Naturaleza	Contrato
Organismo	Mecanismo
Raza	Voluntad
Cultura	Política
Nación sin Estado	Estado-nación
Tradición	Modernidad
Destino	Contingencia
Asignación primordial	Elección
Decadencia	Progreso
Reacción	Revolución
Nación	Pueblo
Comunidad	Sociedad
Campo	Ciudad
Fidelidad	Libertad
Autenticidad	Autonomía
Fusión	Crítica
Chauvinismo	Patriotismo
Costumbre	Ley
Origen	Futuro
Adhesión	Deliberación
Liderazgo carismático	Liderazgo legal-racional
Autoritarismo	Liberalismo
Populismo	Civismo
Holismo	Individualismo
Ius sanguinis	*Ius solis*
Particularismo	Universalismo
Oriente	Occidente
Alemania	Francia

(Fuente: elaboración propia, R.M.)

partir de las obras y autores antes mencionados. Ahora bien, como ya hemos apuntado, esta dicotomía no es en modo alguno neutral, no divide el mundo de los nacionalismos en dos modelos dotados de similar valor. Es más, se formula desde un punto de vista normativo que permanece ciego ante la eficacia naturalizadora del mito, que presenta como evidente en su despliegue la división del mundo nacionalista en dos campos desiguales. Esto es, el estereotipo que nos ocupa se formula desde el nacionalismo cívico para exorcizar, desplazando enteramente al otro campo, todas las

dimensiones de la "etnicidad": mitos, símbolos, historia, cultura, etc. De este modo, depurado de contenido étnico y cultural, el nacionalismo cívico deviene, mediante este dispositivo discursivo, enteramente "político", dicho de otro modo, centrado de modo exclusivo en la libre voluntad de la ciudadanía democráticamente expresada. En suma, el nacionalismo cívico deviene de hecho puro "patriotismo" (cívico, republicano, constitucional) "que no tiene nada en común con el nacionalismo" (Viroli, 1995: 210; Habermas, 1999, 2000).

Se desconecta así, ciudadanía y nación, la dimensión de partencia a la república del entorno histórico y cultural especifico de la nación. De esta suerte, la ciudadanía se individualiza y se descontextualiza culturalmente, universalizándose. La asimilación en la cultura mayoritaria se presenta como un hecho natural, resultado del *trade off* mediante el se procede a la constitución de un Estado de ciudadanos libres e iguales ante la ley. Y finalmente, por su parte, la nación se desrrepublicaniza, se despolitiza y deviene ele depositario pasivo y vicario de la tradición y el mito de la común ascendencia.

4. Los problemas heurísticos de la dicotomía nación étnica – nación cívica

La distinción entre nacionalismo étnico y nacionalismo cívico, sin embargo, presenta muy serios problemas empíricos y teóricos algunos de los cuales mostraremos a continuación. Constituye mérito indisputable de Anthony Smith el haber puesto de relieve la indisociable relación entre las dimensiones étnico-cultural y política de toda nación. En efecto, pese a haber aceptado en algún momento un uso matizado de la distinción de "concepciones", que no de definiciones, étnico y cívica de la nación (Smith, 1991:91, 1996:9), toda su obra supone, en buena medida, una desconstrucción sistemática de tal dualismo, al poner de relieve el componente étnico que reside en la base de las naciones como fenómenos políticos de la modernidad. La obra de Anthony Smith (Smith, 1986, 1998) además subraya no solo el decisivo componente étnico (en el sentido de *ethnie*, de comunidad cultural) de las naciones, esto es, el conjunto de mitos recuerdos y símbolos que los intelectuales aportan en procura de legitimación de la nación; sino que destaca asimismo el decisivo carácter para la constitución moderna de la nación la índole de esa herencia, del capital de mitos y narrativas heredados, para la orientación política de la nación. Cada proceso de construcción nacional procede mediante una articulación compleja de la etnicidad aportada (redescubierta, seleccionada, inventada) por los intelectuales fundadores y las vicisitudes políticas e institucionales posteriores. De ahí que resulte vana toda pretensión de distinguir lo cívico de lo cultural, pues la versión cívica se encuentra influenciada, a veces incluso hipotecada, por la textura, la estofa por así decirlo, de los legados étnicos, en cuanto producto, a su vez, de los intelectuales nacionalistas y prenacionalistas. De ahí ese desplazamiento, en el decurso de la obra de este autor, del nacionalismo a las naciones y de las naciones a las comunidades étnicas (*ethnies*) y la postulación, frente a la dicotomía de los modelos étnico/cívico, de dos caminos o rutas (que no arquetipos) alternativos hacia la nacionalidad: la de incorporación burocrática desde arriba y la movilización vernácula, desde abajo.

Veamos, por nuestra parte, siguiendo las incitaciones de Smith de la mano de lo que el denomina una "sociología histórica de las naciones" (Smith, 1998: 190), algunos de los problemas de la popular dicotomía, comenzando por los empíricos para abordar luego los teóricos. Ante todo, una constatación se impone en la más sólida y reciente (incluso no tan reciente) bibliografía sobre los nacionalismos: todos los nacionalismos cívicos occidentales poseen un indeclinable componente étnico y cultural, como ilustran con claridad algunos de los casos más ejemplares que podemos revisar brevemente.

Francia, que constituye el ejemplo *par excellence* de nacionalismo cívico, fue fundada sobre la inicial exclusión religiosa, constituyendo el enfrentamiento histórico entre católicos y protestantes un auténtico motor del proceso de nation building y state building. La creación de los "franceses" posee como Anthony Marx ha mostrado un componente histórico fundamental: la unificación en los albores de la modernidad de una nación católica, simbolizada en el mito de Juana de Arco, frente a los protestantes hugonotes, en el interior, e ingleses, como enemigos externos (A. Marx, 2003). Incluso durante la revolución francesa, quintaesencia del republicanismo cívico, las dimensiones étnicas y culturales desempeñaron un papel de cierto relieve. En el propio Sieyes, poco sospechoso de veleidades organicistas, pueden rastrearse ocasionalmente las huellas del mito fundador de la confrontación entre los plebeyos *galos* y los aristócratas *francos*: "¿Por qué no restituir a los bosques de la Franconia a todas esas familias que conservan la desquiciada pretensión de ser descendientes de la raza de los conquistadores... Si quisiéramos hacer distingos de origen ¿no podríamos asegurar a nuestros conciudadanos, que el que se remonta a galos y romanos posee por lo menos tanta alcurnia como el de los sicambros, vándalos y otros salvajes salidos de los bosques de la Germania?" (Sieyes, 1991: 154). Y pese a que las raíces romanas predominen de modo innegable como referencia histórico-discursiva del republicanismo jacobino, otra línea discurre empero en la sombra en la que *Vercingetorix*, el "gallo gálico", los orígenes galos de la Francia auténtica desempeñan un papel no desdeñable en la construcción de la *Nation Une*. Será, sin embargo, con el Imperio y la Restauración, especialmente con la historiografía romántica de Thierry, cuando, frente al patriotismo republicano y cívico de Michelet, se introduzca el tema de la "lucha de razas" como motor de la historia francesa, y la fidelidad a la "raza primitiva", y el mito fundador céltico que devuelve al tronco común ario, y por tanto al pie de igualdad con Alemania, a la nación francesa. Incluso en el relatos históricos tan influyentes como el de Guizot reverbera el conflicto mítico entre francos y galos, entre nobles y siervos (*la race conquise*) (Poliakov, 1971). El influjo del mito céltico de los orígenes, en la versión de los Reynaud y Martin, sobre el republicanismo francés a medida que avanza el siglo ilustra el trasfondo étnico del más "cívico" de los nacionalismos. La presencia de un "patriotismo republicano céltico" ejemplifica la inseparabilidad entre la dimensión histórico-cultural y mítica y la dimensión cívica. Las vicisitudes del *ius solis* testimonian asimismo los limites del patriotismo cívico francés: rechazado por Napoleón y reemplazado por el *ius sanguinis*, no sería hasta la tercera república cuando se readoptaría, si bien ya en un contexto de conflicto con Alemania. Y como Brubaker ha mostrado, su recupera-

ción formaría parte de un indoctrinación republicana – *moral and civil indoctrination* (Brubaker, 1992: 45) – mediante un sistema nacional de educación que impone una lengua, un relato histórico y un conjunto de mitos y símbolos comunes para todos los franceses. La lenta nacionalización de Francia frente a las nacionalidades y regiones internas, entre 1880 y 1910, como Eugen Weber ha mostrado en su obra clásica, ha fusionado el patriotismo cívico con vertebración mediante infraestructuras viarias de unificación territorial, el sistema educativo generalizador de la lengua, historia nacional y símbolos de la nación, así como el ejercito como instrumento de socialización nacionalitaria (E. Weber 1976:493). Finalmente, el *affaire Dreyfus* y el antisemitismo de *Action Française* no haría sino actualizar el antisemitismo ya presente en una tradición que se mantuvo incluso durante los años de la Revolución (E. Weber, 1991; Birnbaum 1992).

En el caso del Reino Unido, la construcción histórica del Estado y la nación como nación protestante frente a los católicos ingleses, irlandeses o, como enemigo externo, los Franceses, patentiza la exclusión originaria que hipoteca el carácter supuestamente cívico de su patriotismo (A. Marx, 2003). Linda Coley ha mostrado como en el enfrentamiento histórico con Francia la dimensión étnico-cultural se ubica en el núcleo mismo de la pertenencia reservada a los *true born Englishman*, de tal suerte que la construcción de de la "British Nation" se forja en buena medida de la mano de un proyecto político y cultural antirrevolucionario. En el imperio, la política de inmigración, una política que permitía a los súbditos de la *Commonwealth* llegar a ser *British* pero nunca *English*, muestra fehacientemente las imbricaciones cívico-étnicas. La *Aliens Act* de 1905, dirigida contra los judíos de Europa del Este, y la *UK Nationality Act* de 1981, deudora de las ideas racistas de Enoch Powell (Baucom, 1999), derogando de hecho el *ius soli*, muestran un retrato mucho más etnicista que cívico de la construcción nacional inglesa.

En los Estados Unidos, la exclusión fundacional de las naciones indias seria el prolegómeno de la génesis de una nación en torno a criterios étnicos bien definidos, a saber: una nación blanca, protestante y de lengua inglesa, como se puede comprobar, por ejemplo, en la tardía incorporación de algunos estados sueños y la manipulación de las fronteras de Florida para garantizar una mayoría de población anglosajona. Por otra parte, como Elise Marientras ha demostrado, paralelamente a la concepción de las instituciones federales como sustituto de la comunidad nacional, existe un proyecto paralelo de nación cultural a partir de la introducción de temas tales como el de la "nación civilizada" frente a los "salvajes" (decretando *ab initio* la expulsión de los indios de la nación americana), la mitificación de la cultura anglosajona como la única idónea para las tareas de nuevo Estado, el carácter identitario nacional de la religión y la fusión de religión (militantemente protestante como muestran las leyes anticatólicas de varios estados) y civismo (configurando como rasgo cívico la pertenencia a sectas o iglesias protestantes) (Marienstras, 1976, 1988). A. Marx (1998) ha demostrado, por ende, la centralidad de la exclusión fundacional de los afro americanos de la nación: la pluralidad y conflicto entre las múltiples identidades blancas derivadas de la inmigración europea fueron suturadas y unificadas como nación blanca frente al

"otro" interior de raza negra. Frente al mito del *melting pot*, Rogers M. Smith (1997), en una investigación decisiva, ha mostrado como se introducirían progresivamente restricciones raciales desde 1882, se establecerían cuotas raciales en 1924 y la política de "defensa étnica" desde la década de 1830 a la 1920 sentaría las bases del criterio de exclusión y asimilación mediante la *Anglo-conformity*. Otras investigaciones han puesto de manifiesto la dimensión étnica del nacionalismo americano, la delimitación de los *true americans* que, al filo de la primera guerra mundial, articularía en un mismo discurso componentes racistas, cristiano fundamentalistas y militaristas (O'Leary, 1999). Elementos étnico-culturales que adquirirían tal peso en diferentes coyunturas, en las políticas y prácticas de segregación hasta la década de los sesenta del siglo XX que, de aceptarse retóricamente la dicotomía aquí cuestionada, para algunos especialistas seria más exacto calificar al nacionalismo norteamericano como nacionalismo ejemplar de tipo étnico (Kaufmann, 1999, 2000).

En segundo lugar, el estereotipo resulta igualmente simplificador e insostenible en lo que atañe a la naturaleza exclusivamente étnica del nacionalismo "oriental". Del mismo modo que en el tipo occidental exiten anomalías geográficas de peso, sin ir más lejos: el caso español, tampoco un supuesto nacionalismo oriental etnicista hace justicia a los casos checo o húngaro. O incluso el alemán, tomado en toda su trayectoria.

En efecto, de especial interés resulta la desvirtuación del caso alemán pues, como ya hemos visto, el dualismo política/cultura se superpone sobre el eje Francia/Alemania y se refuerza sobre el de Ilustración/Romanticismo.

Aunque no podamos detenernos en ello, siendo el objeto de un trabajo en vías de elaboración (Máiz, 2004), los estudios contemporáneos sobre el romanticismo filosófico y político han abandonado la caricatura que desde Heine y Ruge, elaborada sobre la innegable evolución última, conservadora o incluso reaccionaria, de algunos de los románticos mas destacados, lo postulaba como la negación, lo totalmente otro de la Ilustración. En este sentido, la obra de Beiser (1992) ha mostrado de modo concluyente los vínculos con el republicanismo, hasta fechas muy tardías, de los principales románticos alemanes, como Novalis, Schleirmacher o Hölderlin, su matizada crítica a la Ilustración, su comunitarismo democrático, el sentido muy preciso de la contraposición organicismo/mecanicismo, el carácter político y no meramente estético del movimiento. Lowy e Sayre (1992) ha subrayado por su parte la índole de critica moderna, no pasadista, de la modernidad en los románticos alemanes y la presencia de un romanticismo reformista o revolucionario de Heine a Moses Hess, de Heine a Gustav Landauer. Finalmente, Richards (2002), en un monumental trabajo, ha desmontado la visión del pensamiento romántico y su versión de la *Naturphilosophie* como anticientífica, antiempírica y mística, postulando su continuidad en el pensamiento de Darwin.

Por su parte, la historiografía contemporánea ha sometido a crítica definitiva el arquetipo del excepcionalismo alemán – el *Sonderweg* –, la exageración de leer la historia de Alemania desde el nazismo, reduciendo a mero prolegómeno de este, la compleja evolución anterior, y contraponiendo, frente a una supuesta apoteosis liberal de las naciones occidentales un camino inequívoco y predestinado al nacionalismo

étnico y autoritario (Blackbourn & Eley, 1984; Brubaker, 1992). Breuilly (1993) ha iluminado un panorama bien diferente y mucho menos unívoco. Así, por ejemplo, en la Asamblea parlamentaria de Frankfurt de 1848 predominaba una perspectiva liberal centrada en el debate en torno a la constitución y los derechos civiles y políticos, hasta el extremo de que la idea de nacionalidad dei Estado se formulaba en términos de ciudadanía, reconociéndose la presencia de lenguas minoritarias, y todo ello sin referencia a criterios étnicos. De hecho, el nuevo estado al que se aspiraba no se consideraba en modo alguno como la expresión de una identidad cultural subyacente, sino como un proyecto político (Breuilly, 1993:96). El propio Brubaker (1992), que defiende un uso matizado de la distinción entre las concepciones alemana y francesa de nacionalidad, entiende que el fracaso de Prusia en la asimilación de los polacos se diferencia en grado, que no en cualidad, del fracaso la asimilación francesa de Bretones, Vascos, Corsos o Alsacianos, motivada por el efecto frontera con el mundo eslavo.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero solo pretendemos dejar constancia de que una leve ojeada histórica, eso sí, de la mano de los excelentes estudios hoy disponibles, muestra de modo fehaciente que los nacionalismo cívicos non son tan escrupulosamente "cívicos", y que los nacionalismos "étnicos" resultan en ocasiones más cívicos de lo que se les supone. La bibliografía más reciente insiste en que toda nación es una articulación compleja de elementos culturales y políticos, y muy especialmente que esta articulación cambia a lo largo del tiempo según específicas coyunturas y correlaciones de fuerzas. Esto, sin embargo, no supone, còmo algunos autores, críticos con la dicotomía étnico/cívica, han señalado que el proceso sea unívoco y evolutivo desde una inicial fase étnica a otra de madurez cívica. En la obra de Anthony Marx o Taras Kuzio, se formula de modo diverso esta hipótesis. El último, por ejemplo, postula una fase étnica que se mantiene hasta la década de los sesenta en occidente designadamente em USA, y se prolonga en el este hasta los 90, después de la caída del muro (Breton, 2002; A. Marx, 2003; Kuzio, 2002). Sin embargo, el carácter evolutivo y relacional de cada nacionalismo en concreto, en razón de coyunturas internas y externas, de su propia estructura de oportunidad política y específicos formatos de movilización y discurso (Máiz 2003), impide establecer una síntesis definitiva, una sutura del proceso de construcción nacional en un momento dado, congelándolo en una fase ora étnica, ora cívica. Así, los nacionalismos de los Estados nacido de la ruptura de la ex-Yugoslavia y la ex-URSS, han generado variedades bien diferentes de nacionalismos unas veces "nacionalizadotes" otras democráticos en su evolución (Brubaker, 1996); y los nacionalismos occidentales han experimentado una involución xenofóbica y racista, cuando no estrictamente fundamentalista (Silverman, 1992; Lieven, 2004).

Por otra parte, los estudios empíricos comparativos que hasta la fecha se han realizado, empleando diferentes variables independientes, muestran: (*i*) la naturaleza etnica y política a la vez de los diferentes nacionalismos europeos (Krejci & Velimsky, 1996); y (*ii*) la fuerte presencia, en las naciones occidentales a mediados de los años noventa, de las concepciones fuertemente culturales de la nación y el apoyo más bien débil al multiculturalismo (Shulman, 2002).

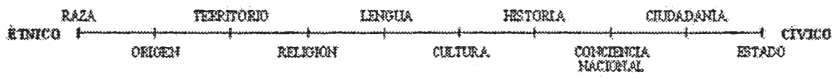
Ahora bien, los problemas fundamentales la dicotomía étnico/cívico no son de orden empírico, con ser éstos muy importantes, sino de orden propiamente teórico. En efecto, escindiendo la dimensión étnico cultural de la dimensión cívico política y originando sobre cada una de ellas un tipo o modelo de nacionalismo, se ocluye la posibilidad de dar cuenta cabal de la nación – ora Estado-nación, ora "nación sin Estado" – como un proceso de articulación compleja de elementos políticos y culturales en contextos sociales específicos. Por eso no podemos aceptar, como se ha propuesto recientemente, salvar la dicotomía en razón de su pretendido valor heurístico, si bien no como descripción empírica, sino como "tipo ideal" weberiano, que permitiría analizar amalgamas de componentes cívicos y étnicos en cada nacionalismo empírico (Zubrzycki, 2002). Porque no hay, en rigor, dos tipos ideales de nación, uno étnico y otro cívico, sino que el tipo ideal, si así lo formulamos, del fenómeno nacionalista se configura en torno, precisamente, a la articulación inextricable de elementos étnicos y cívicos, que en cada caso se concretan en síntesis político-ideológicas muy diferentes. Si mantenemos el valor teórico de la distinción: 1) se bloquea la posibilidad de dar cuenta de la nación como un proceso político abierto y contingente de construcción, que evoluciona de modo desigual en el tiempo, a tenor de circunstancias internas y externas, y por lo tanto no puede ser fijado de una vez y para siempre como cívico o como político (Máiz, 2003a); 2) impide dar cuenta del pluralismo de formulaciones, de proyectos nacionales y de lucha por la hegemonía que se libra en el interior de cada nación y que suponen otras tantas amalgamas de entre las muchas (pero no infinitas, puesto que limitadas por las precondiciones étnico culturales, geográficas e institucionales disponibles) posibles; 3) se malinterpreta la movilización y discurso nacionalistas como la mera la expresión de una nación dada, desconsiderando su naturaleza de factores fundamentales de la construcción nacional. Pues el nacionalismo no expresa o exterioriza una nación que se remonta en la noche de los tiempos, sino que contribuye decisivamente a su recreación contemporánea puesto que selecciona, filtra y reformula los materiales dados (discursivos, estratégicos, institucionales), vinculando demandas, valores, mitos y símbolos con intereses de determinados grupos sociales.

Por ello, mas que dos mundos aparte, las dimensiones capitales de la nación se ubicarían a lo largo de un *continuum étnico-cívico* (véase el cuadro 2). Cada nacionalismo concreto, en cada coyuntura específica, se desplazaría sobre el mencionado *continuum*, en un constante proceso de rearticulación de varios de sus elementos, con ritmos y *tempos* cambiantes, compitiendo por la hegemonía, por la dirección intelectual y moral de la nación, con otras síntesis bien de elementos diferentes o bien reelaboraciones de los elementos mismos. Y siempre bajo la inercia de la herencia de las formulaciones pasadas, del peso (a veces como una losa sobre la espalda de las generaciones presentes) de los mitos, narrativas y símbolos recibidos de la propia tradición nacional.

Desde esta nueva perspectiva vemos que el nacionalismo francés puede acercarse más, durante la Revolucion, al patriotismo cívico (vinculando conciencia, ciudadanía y Estado, territorio) para luego, durante el *affaire Dreyfus*, desplazarse hacia el polo étnico cultural (mediante una amalgama de religión (católica), origen

(ario/céltico), cultura (lengua francesa) e historia. Del mismo modo en la Alemania en el siglo XIX se libró una permanente batalla entre una formulación más cívica (si bien con un peso histórico y lingüístico grande) para desplazarse finalmente hacia un nacionalismo racista (en torno a los factores de raza, origen, territorio, lengua). El nacionalismo español durante el mismo siglo XIX oscilaría entre una peculiar síntesis cívico-liberal, con gran peso de la dimensión cultural y lingüística (castellanocéntrica), para triunfar finalmente una visión construida sobre la religión, la lengua y la historia (Alvarez Junco, 2003).

CUADRO 2. EL CONTINUUM ETNICO-CÍVICO DE LOS NACIONALISMOS



(FUENTE: Elaboración propia, R.M.)

En suma, toda política nacionalista, expresa o tácita, consiste precisamente en una propuesta, específica en cada caso, de síntesis cívico-cultural, que define simultáneamente: 1) cuales son los problemas y las demandas de la nación; 2) el repertorio estratégico para su consecución; 3) quienes forman parte de la misma en calidad de protagonistas, esto es, los criterios de inclusión; 4) quienes son los otros, y en su caso los antagonistas responsables de los problemas de la nación, esto es, los criterios de exclusión.

5. Las consecuencias normativas de la dicotomía

Finalmente, debemos añadir alguna breve consideración de carácter normativo. Pues, formulada como se ha dicho, desde la posición del patriotismo cívico, la distinción étnico/cívica posee no solamente los muy serios problemas empíricos y teórico-positivos antevistos en el apartado anterior, sino asimismo muy notorios déficits teórico normativos. En efecto, dando por solventada la fijación del demos, mediante el recurso al "olvido" de la exclusión religiosa y la violencia fundacional a que aludía Renan, y con ello la preexistencia coextensiva y autoevidente de un solo pueblo o nación en cada Estado, la celebrada dicotomía no es sino la otra cara de la negación del carácter nacionalista al patriotismo (cívico) de Estado. Nace así la ecuación básica del Estado-nación; a saber: un Estado= una nación= una cultura = una lengua = una historia nacional...

Desde Stuart Mill ("Es condición necesaria de las instituciones libres, que los límites de los Estado deben coincidir con los de las naciones" (Mill, 1861:184), hasta John Rawls (a través del principio de neutralidad estatal que a por resuelto, entre otras cosas, el carácter uninacional del Estado liberal (Rawls, 1993:190), la dimensión na-

cional resulta expulsada, como un postulado fáctico o mera constatación empírica, de la teoría normativa de la democracia.

El procedimiento, con la generalidad y aún simplificación que nos es dado abordarlo aquí, se realiza mediante el traslado del mito de la neutralidad estatal en materia religiosa al ámbito cultural. Ya mencionamos más arriba como la interpretación de la aparición del Estado como instancia neutra, por encima de las guerra de religión, implica el desconocimiento de la superposición de los procesos de *nation building* y *state building* y el papel fundacional de la exclusión religiosa de los protestantes y judíos (Francia, España) o los católicos (Reino Unido, USA) como elemento de unificación nacional. Pues bien, este mito insostenible se traduce a la idea de un Estado culturalmente neutral, de la mano de un desentendimiento o *benign neglect* (Glazer, 1975:25) mediante el que las identidades culturales minoritarias puede ser expresadas libremente, pero en el ámbito privado, fuera de la esfera pública.

Como hemos visto, sin embargo, el postulado de la pretendida neutralidad estatal en materia cultural, habida cuenta de que todo Estado nación fue y es simultáneamente étnico y cívico, excluye de la evaluación normativa dos hechos fundamentales: 1) la imposición de la cultura, lengua, narrativa histórica y mítico-simbólica de la comunidad mayoritaria sobre las minorías, abocadas a la aculturación y la asimilación como contrapartida de la adquisición de la ciudadanía igual; 2) la consiguiente desigualdad estructural, generadora de una ciudadanía de segunda, que de este contrato de adhesión asimiliacionista se deriva para los grupos y minorías nacionales internos, allí donde en lugar de un *demos* existen una pluralidad de *demoi*.

La falacia es/debe que se oculta en el *trade off* entre ciudadanía libre e igual (patriotismo) y asimilación masiva en la cultura y lengua mayoritarias (nacionalismo) resulta así evidente: del hecho empírico de la construcción histórica de los estados nacionales, se deriva la irrelevancia ético-política de la multinacionalidad. El problema es que esta falacia fundacional impide el análisis y crítica normativa de los procesos de construcción nacional, esto es, su justificabilidad en términos de las exigencias de la teoría de la democracia; a saber: libertad, igualdad, tolerancia, pluralismo, participación, deliberación, inclusión de las minorías. Y ello tanto en los nacionalismos de Estado, cuanto en los nacionalismos de las naciones sin Estado, los cuales al compartir la argumentación subyacente en el Estado-nación adoptan especularmente, si bien invertida, similar lógica: una historia nacional = una lengua = una cultura = una nación = un Estado independiente.

Una teoría normativa del nacionalismo democrático debe incorporar, sin embargo, asunciones bien diferentes: 1) el presupuesto de que todo nacionalismo "cívico" o patriotismo presupone elementos étnicos y culturales; del mismo modo que todo nacionalismo étnico-cultural debe responder en términos democráticos a las cuestiones claves de la ciudadanía: libertad, pluralismo e inclusión; 2) que no se suelen corresponder las fronteras políticas y culturales y que ningún territorio es monocultural, ni por lo tanto titularidad de una sola cultura; 3) que la nación no es una comunidad dada, inmutable, sino el resultado contingente de un proceso político de construcción nacional y por lo tanto constituye un proyecto abierto; 4) que cada particular combi-

natoria de elementos políticos y étnicos propuesta por cada nacionalismo, son siempre el resultado de una hegemonía entre las varias posibles, y por definición contestables y contestadas, por lo que deben ser sometidos a escrutinio evaluación normativa (Maiz 2003c); 5) pero a la vez resulta preciso garantizar democráticamente las condiciones de contexto para la deliberación, participación e inclusión de mayorías, minorías e individuos singulares en la conversación a múltiples voces que constituye cada nación.

En conclusión, *conditio sine qua non*, necesaria aunque no suficiente, para desbloquear el análisis empírico de la articulación de los procesos de construcción nacional con los de construcción estatal, es la misma que la requerida para posibilitar la evaluación normativa de ambos procesos desde las irrenunciables exigencias de la democracia; a saber: la definitiva superación del obstáculo epistemológico que supone la celebrada dicotomía nacionalismo étnico/ nacionalismo cívico.

Referencias bibliográficas

ALTER, P. (1985), *Nationalismus*, Frankfurt: Suhrkamp.

BAUCOM, I. (1999), *Out of Place. Englishness, Empire and the location of Identity,* Princeton: Princeton University Press.

BEISER, F. (1992), *Enlightement, Revolution, and Romanticism* Cambridge: Harvard University Press.

BLACKBOURN, D. e ELEY, G. (1984), *The Peculiarieties of German History*, Oxford: Oxford University Press.

BLAS, A. de (1987), "Estudio preliminar" a E. Renan *¿Qué es una Nación?* Madrid: Alianza

BRETON, R. (1988), "From ethnic to civil nationalism: English Canada and Québec", *Ethnic and Racial Studies* Vol. 11, 1 85-102.

BREUILLY, J. (1993), *Nationalism and The State*, Manchester: Manchester University Press.

BROWN, D. (1999), "Are there good and bad nationalisms?" in *Nations and Nationalism, 5* (2): 281-302.

BRUBAKER, R. (1992), *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Cambridge: Harvard University Press.

BRUBAKER, R. (1996), *Reframing Nationalism*, Cambridge: Cambridge University Press.

ELEY, G. e SUNY, G. (1996), *Becoming National*, Nova Iorque: Oxford University Press.

FINKRIELKAUT, A. (1987), *La défaite de la pensée,* Paris: Gallimard.

GELLNER, E. (1983), *Nations and Nationalism*, Oxford: Blackwell.

GREENFELD, L. (1992), *Nationalism: Five Roads to Modernity,* Cambridge: Harvard University Press.

HABERMAS, J. (1999), *La Inclusión del Otro*, Barcelona: Paidós.

HABERMAS, J. (2000), *La Constelación Postnacional*, Barcelona: Paidós.

IGNATIEFF, M. (1993), *Blood and Belonging*, Nova Iorque: Farrar, Strauss, and Giroux.

KAUFFMANN, E. (1999), "American excepcionalism reconsidered" in *Journal of American Studies,* 33(3): 437-458.

KAUFFMANN, E. (2000), "Ethnic or civic nation? Theorizing the american case" in *Canadian Review of Studies in Nationalism* XXVII (1-2): 133-155.

KOHN, H. (1946), *The Idea of Nationalism,* Nova Iorque: MacMillan.

KOHN, H. (1982), *Nationalism. Its Meaning and History* Malabar: Krieger.

KOHN, H. (1994), "Western and Eastern Nationalisms" *in* J. Hutchinson e A.D. Smith (orgs.) *Nationalism*, Oxford: Oxford University Press.

KRËJCI, J y VELINSKY, V. (1996), "Ethnic and Political Nations in Europe" in J. Hutchinson e A. Smith (orgs.), *Ethnicity,* Oxford: Oxford University Press.

KUZIO, T. (2002), "The Myth of the Civic State" in *Ethnic and Racial Studies* vol 25, 1:20-39.

LÖWY, M. y SÄŸRE, R. (1992), *Révolte et Mélancolie. Le romantisme à contre-courant de la modernité*, Paris: Payot.
MÁIZ, R. (2003a), "Politics and the Nation: Nationalist Mobilization of Ethnic Differences" *in Nations and Nationalism* 9 (2):115-214.
MÁIZ, R. (2003b), "Framing the Nation" *in Journal of Political Ideologies,* 8 (3): 251-267.
MÁIZ, R. (2003c), "Nacionalismo y Multiculturalismo" in Arteta, A. E. Guitian, R. Máiz (eds.), *Teoría Política*, Madrid: Alianza, pp 424-462.
MARIENSTRAS, E. (1977), *Les Mythes Fondateurs de la nation Américaine*, Paris: Maspero.
MARIENSTRAS, E. (1988), *Nous, le peuple. Les origines du nationalisme américain*, Paris: Gallimard.
MARX, A. (1998), *Making Race and Nation* Cambridge: Cambridge University Press.
MARX, A. (2003), *Faith in Nation. Exclusionary Origins of Nationalism*, Nova Iorque: Oxford University Press.
MEINECKE, F. [1969 (1907)], *Weltbürgertum uns Nationalstaat*, Munique: Oldenbourg.
NIEGUTH, T. (1999), "Beyond Dichotomy: Concepts of the Nation and the Distribution of Membership", in *Nations and nationalism*, 5(2):155-173.
O'LEAŘY, C.E. (1999), *To Die For. The Paradox of American Patriotism* Princeton: Princeton University Press.
PLAMENATZ, J. (1973), "Two Types of Nationalism" in Kamenka, E. (ed.) *Nationalism. The Nature and evolution of an Idea*, Camberra: Australian National University Press.
POLIAKOV, L. (1971), *Le Mythe Aryen*, Paris: Calmann-Lévy.
RENAN, E. [1947 (1882)], "Qu'est-ce qu'une nation?" *in Œuvres Complètes*, Tome I, Paris: Calmann--Lévy, pp. 887-906.
RENAN, E. (1947(1871), "La Réforme intellectuelle et morale de la France" *in Œuvres Complètes*, Tome I, pp. 325-407.
RICHARDS, R.J. (2002), *The Romantic Conception of Life*, Chicago: Chicago University Press.
SAID, E. (1978), *Orientalism*, Nova Iorque: Vintage.
SCHNAPPER, D. (1996), "Beyond the Opposition: Civic Nation *versus* Ethnic Nation" in *ASEN Bulletin* 12: 1-8.
SHULMAN, S. (2002), "Challenging the Civic/Ethnic and West/Rast Dichotomies in the Study of Nationalism", in *Comparative Political Studies*,vol. 35 (5): 554-585.
SIEYES, E.J. [1991(1789)], *El Tercer Estado y otros escritos de 1789 in* R. Máiz (ed.), Madrid: Espasa (Austral).
SILVERMAN, M. (1992), *Deconstructing the Nation*, Londres: Routledge.
SMITH, A. D. (1986), *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford: Blackwell.
SMITH, A.D. (1991), *National Identity*, Londres: Penguin.
SMITH, A.D. (1996), "Civic and Ethnic nationalism Revisited: Analysis and Ideology", *ASEN Bulletin* 12: 9-12.
SMITH, A.D. (1998), *Nationalism and Modernism*, Londres: Routledge
SMITH, A.D. (2000), *The Nation in History*, Cambridge: Polity.
SMITH, R.M. (1997), *Civic Ideals. Conflicting Visions of Citizenship in U.S. History* New Haven: Yale University Press.
SUGAR, P. (ed.) (1994), *Nationalism in Eastern Europe*, Seattle: Washington University Press.
TODOROV, T. (1989), *Nous et les autres*, Paris: Seuil.
VIROLI, M. (1995), *For Love of Country*, Oxford: Oxford University Press.
WEBER, E. (1976), *Peasants into Frenchmen*, Stanford: Stanford University Press.
WEBER, E. (1991), *My France. Politics. Culture. Myth*, Cambridge: Harvard University Press.
YACK, B. (1999), "The Myth of the Civic Nation" in R. Beiner (ed) *Theorizing Nationalism* New York: SUNY Press
ZUBRRZYCKI, G. (2002), "The Classical Opposition Between Civic and Ethnic Models of Nationhood", *Polish Sociological Review*, 3 (139): 275-295.